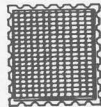




Francisco María Pinto y la Poesía Canaria



Si no me equivoco, las más interesantes páginas acerca de la personalidad de Francisco María Pinto se deben a Benito Pérez Galdós y al estudioso Sebastián Padrón Acosta; sin embargo, no tenemos aún un análisis amplio de su obra (considerable pese a la prematura muerte del autor), como tampoco de la *Revista de Canarias* de la que Pinto fue redactor jefe (me refiero, en este caso, a un análisis de la profunda significación histórica de la revista dirigida por Elías Zerolo). Nacido en La Laguna en 1854, Francisco María Pinto murió en Santa Cruz de Tenerife en 1885. Sus trabajos fueron recopilados en el volumen *Obras de Francisco María Pinto* (1888), prologado

por Pérez Galdós, e integrado por los textos que el autor publicara tanto en la revista citada como en *La Ilustración de Canarias*. De este volumen hemos querido seleccionar hoy el trabajo titulado "De la poesía en Canarias", previamente publicado en los números 10 y 11 de la *Revista de Canarias* (1878 y 1879). Las reflexiones contenidas en este texto merecen un examen detenido; señalaremos aquí tan sólo un significativo aspecto.

Considerado por Padrón Acosta como "el primer ensayo crítico que aparece en nuestras letras acerca de los poetas isleños" (1) (opinión formulada por Padrón ya en *Poetas canarios de los siglos XIX y XX*, aunque aquí se dice

que es "el primer ensayo sobre poesía canaria escrito por un tinerfeño") (2), el trabajo de Francisco María Pinto elude la expresión *poesía canaria* quizá porque, como asegura, "los poetas de Canarias no ofrecen, colectivamente considerados, nada peculiar y propio; no manifiestan ningún carácter, perceptible al menos, que pueda mirarse como resultado de las particulares condiciones en que se desenvuelve aquí nuestra vida", reflexión a la que llega Pinto después de advertir que en los poetas del Archipiélago "no se descubre ningún rasgo común que a ellas (a influencias del Archipiélago) pueda atribuirse, que recuerde los paisajes de Canarias o ese océano que nos circuye". Muy pocos nombres de poetas (Cairasco, Viana, Iriarte, Bento, Graciliano Afonso) aparecen en el texto de Pinto; y el libro que suscita las reflexiones del autor (*Poetas canarios*, de Elías Mujica) no está lejos del indiscriminado catálogo poético. ¿Qué llevó a Pinto a observar justamente lo contrario de lo que, cincuenta años más tarde, observaría Valbuena Prat en el que es, de hecho, el primer ensayo sobre *poesía canaria*? (3). A.S.R.

1) Véase el artículo dedicado por Padrón Acosta a Elías Mujica en su *Retablo canario del siglo XIX* (edición de Marcos Martínez), Aula de Cultura de Tenerife, 1968, pág. 85.

2) *Poetas canarios de los siglos XIX y XX* (edición de Sebastián de la Nuez), Aula de Cultura de Tenerife, 1966, pág. 253.

3) En 1945, Pedro Pinto de la Rosa leyó ante los micrófonos de Radio Club de Tenerife "Un escritor olvidado: Francisco M.ª Pinto", conferencia recogida más tarde en folleto.

De la poesía en Canarias

No hace mucho que con el título de *Poetas Canarios* se publicó en Santa Cruz un libro, una especie de antología canaria, una «colección de escogidas poesías de los autores que han florecido en estas islas en el presente siglo».

El colector nos ofrece composiciones de todos los canarios que durante el referido lapso han cultivado con más ó menos éxito la poesía; esto hace que en la obra figuren versos de más de sesenta poetas, número, en verdad, muy respetable. Los testimonios que ella proporciona no bastan para fundar sólidamente ningún juicio; pero nos invitan á divagar hoy un tanto sobre cosas de interés probable, sin duda, mas cuya oportu-

nidad en Canarias sólo pueden desconocer los que ignoren nuestras aficiones poéticas.

No es que se lean aquí más versos que en cualquiera otra parte, ni que el libro de poesías tenga más venta que el prosado. Tratándose de publicación, sea verso o prosa, todos sabemos ya lo que debe hacerse: guardar riguroso y completo sigilo acerca del fatal acontecimiento. Aventurado es, pues, afirmar que un libro tenga más probabilidades que otro de romper esa discreción. Con todo, nunca las aficiones activas han sido tantas como desde principios del siglo ó, por lo menos, jamás se han hecho tan públicas; muchos versos han llenado en ese tiempo nuestros periódicos y no pocos libros de poesías han visto la luz.

Mas para lo que eso suponga,

tal vez convenga recordar que en los siglos XVII y XVIII no tuvimos imprenta. Algo se escribía; pero, como si viviéramos en lo más cerrado de los tiempos medios, era el manuscrito la expresión última de este oscuro trabajo. Tantas han sido las causas que han restringido una actividad cuyos frutos, aún así, merecen nuestra consideración. La poesía no fue mirada con desden; las pruebas de ello, en su mayor parte, se han consumido entre el polvo ó yacen inéditas y olvidadas. Ahora, la cuestión es averiguar si tal fin ha sido el más conveniente para el crédito póstumo de nuestros abuelos.

En aquel siglo XVII, en que la Península rebosaba de poetas, de tal modo que, en algunas ciudades, como Sevilla, como Valencia, parecían constituir la población; en que se es-

Páginas de Literatura Canaria

cribian dramas con la abundancia y rapidez con que hoy se escriben artículos de periódico; en que se presentaban en un certámen cinco mil poesías, ¿cómo no habíamos de sentir, nosotros, los de las viejas Afortunadas, algo de la fiebre poética en que se abrasaban todos los españoles, desde el rey hasta los caldereros?

¿Quién no hacía versos entonces? Y luego, si las bellas letras eran por allá el refugio único de facultades para las que no se abría ninguna otra senda; en la poesía, considerada en las modestas manifestaciones que pueden franqueársenos, se ha creído por acá ver siempre el alimento de una actividad que no sabe ó no puede hallar otro.

De aquellos tiempos nos quedan dos nombres, honra de Canarias: los de Viana y Cairasco. De Viana, los eruditos de la Península apenas tienen más noticia que la mención hecha por D. Nicolás Antonio. El poema de las *Antigüedades* se pierde entre el gran número de los de ese género clásico-heróico y virgiliano á que se aficionaron, en general con muy poca suerte, muchos poetas españoles. Sin embargo, digna de algún recuerdo es la obra del que cantó por vez primera el valor y el noble arrojo de aquellos insulares que caían defendiendo la libertad y la patria, y á quienes rodea aún la suprema poesía del que muere por ellas.

Viana no pudo hacer por los guanches lo que Ercilla por los araucanos. Tinguaro, tan magnánimo y valiente, no llegó á las proporciones de Caupolicán: libremos de culpa al esforzado isleño. Por lo pronto, bueno es recordar que el colector de los tomos de *Poemas épicos*, de la Biblioteca de Rivadeneyra, no logró ver un ejemplar del poema de Viana.

Cairasco, verdadero poeta, que no desmerece, en condiciones, de los más notables de su siglo; de los cuales, con los defectos, tenía el ingenio y la exuberancia, debe ser hoy más conocido gracias á la citada Biblioteca (1). Amantísimo de su país, ese amor le llevaba á hacer extrañas intercalaciones en su traducción inédita de la *Jerusalem libertada*. Imitó los versos esdrújulos de los poetas italianos, novedad que le dió cierta notoriedad en un tiempo en que se apreciaban mucho estas cosas.

Mas ¿quién lee hoy á Viana ni á Cairasco? ¿Quién lee el poema de la *Antigüedades de las Islas Afortunadas* ó el *Templo Militante*? Con-

tenémonos con exigir respeto para los nombres de sus autores.

Tratándose de canarios del siglo XVIII, la memoria de Iriarte debía oscurecer cualquiera otra, si á la poesía nos referimos, aunque á Iriarte se le haya negado la cualidad de poeta, con las mismas razones con que pudiera regateárseles á las cuatro quintas partes de los de su tiempo. Iriarte, cuyo carácter un tanto orgulloso é irascible le atrajo muchos enemigos, fue acusado de frío y prosaico, y esto en el siglo XVIII, en que el poeta Salas, que habló en verso de una porción de cosas inmundas, no ocupó tal vez el último escalón del prosaismo. Forner, que llevaba entonces el látigo de la sátira literaria, y lo manejaba duramente. Sedano, y la cohorte batalladora del pasado siglo, apenas dejaron descansar al autor del poema de la *Música*. Nunca disfrutó de grandes simpatías. Hasta se le declaró mal versificador, acusación injusta que no ha dejado de repetirse.

Pero Iriarte ha sobrevivido en popularidad á todos los que le dieron que hacer. Su nombre es el del autor ingenioso, correcto y elegante que escribió las *Fabulas literarias*.

Sin embargo, cuando ocurre hablar de canarios ilustres, de paisanos que se han distinguido en las letras, no es por cierto el nombre de Iriarte el que citamos con más frecuencia y orgullo. Cairasco, Viana, cualquiera otro nos parece más nuestro. Es que Iriarte sólo tuvo de canario el haber nacido en nuestras islas; él lo recordaba, y alguna vez en sus *Fábulas* se simbolizó en el pájaro cuyos cantos debieron serle familiares en la niñez. Contestaba a sus críticos trayéndoles a la memoria que el canario había sido elogiado por un rui-señor extranjero (Metastasio).

Pero una provincia considera principalmente como hijos suyos á aquellos autores que en sus obras se han unido más estrechamente con el país natal, ya por el asunto, ya por otra circunstancia. El poeta en quien las influencias locales predominen, tal vez no será bien apreciado sino donde lo sea igualmente el sello de su inspiración; limitará su gloria; pero si la literatura nacional no le recuerda, la tierra en que nació no le olvidará. Cuando la diferencia de lengua, circunstancia que aísla y crea por consiguiente una literatura propia, no existe, influencias de suelo, y hasta de clima, condiciones de raza, de costumbres, suelen engendrar escuelas y aún verdaderas literaturas regionales. Hoy esas influencias están poco menos que anuladas por otras más poderosas, y sólo se conciben en la poesía genuinamente popular. No obstante, á veces se conservan en

los poetas que por diferentes circunstancias se hallan más en contacto con su país y en quienes las impresiones de éste han dejado más huellas.

Los poetas del norte de España, por ejemplo, suelen distinguirse entonces de los del mediodía. La escuela que podríamos llamar del norte tiene algo de lo nebuloso y fantástico, del sentimiento profundo, del predominio del fondo sobre la forma que caracteriza para el sentir común al arte germánico. La meridional, de forma viva y brillante, de sentimiento ardiente y ligero, contrasta demasiado con la anterior para que sea preciso determinarla. A una da matices osiánicos el cielo septentrional; en aquellos versos melancólicos y graves proyecta su sombra la gran cordillera ístmica, así como en los del mediodía, sensuales y ardorosos, centellea el sol de las vegas andaluzas.

En los poetas del Archipiélago no se descubren tales influencias; ningún especial carácter, ningún rasgo común que á ellas pueda atribuirse, que recuerde los paisajes de Canarias ó ese océano que nos circuye con su espuma y sus rumores. Y no es suponer que la naturaleza en que vivimos haya dejado siempre de inspirarnos. Nuestro cielo y nuestras montañas, nuestros valles colmados de vegetación y de luz no pueden hallar ojos indiferentes. Léjos de aquí no despliegan tampoco más belleza los eternos espectáculos: el alborear del día y las puestas de sol; el crepúsculo ascendiendo desde el fondo de las cañadas y la última claridad tiñendo las cumbres. Nos rodea aquel océano maravilloso en que aún para Dante y sus contemporáneos el terror palpita, y surgía incensantemente el prodigio. Nos es familiar la gamma entera de sus voces, desde el acento de cólera hasta el arrullo. Podemos verle, espoleado por el huracán, alzarse desmelenado y siniestro; y escuchar su tranquilo murmullo, en las noches de verano, cuando los ensueños flotan en el aire inmóvil, y luce allá arriba el deslumbrante cielo.

No se ha olvidado tanta poesía, aunque en general nuestros poetas no se distinguen por la observación de la realidad, ni su amor á la naturaleza peca por desmedido. El humanista D. Graciliano Afonso, que se lamentó una vez de que el Teide no hubiese llamado en Canarias «la atención poética de tantos ingenios», no advertiría hoy semejante vacío. Tampoco las tradiciones, las glorias y recuerdos provinciales pueden quejarse razonablemente. Mas esto no destruye lo dicho: Que los poetas de Canarias no ofrecen, colectivamente considerados, nada peculiar y propio; no

manifiestan ningún carácter, perceptible al menos, que pueda mirarse como resultado de las particulares condiciones en que se desenvuelve aquí nuestra vida.

11

No hay región habitada por los hombres donde falte un desarrollo poético, siquiera reducido y humilde, y de esos cuyo valor nace de su espontaneidad: revelaciones de un arte que entonces es casi la naturaleza; que no llevan, en sus productos, la singular marca de este ó el otro individuo, sino la del artista-multitud; y cuya originalidad está en razón de la que distingue á la vida que expresan. Cada pueblo manifiesta en ellas su carácter y presta fisonomía la naturaleza riente ó desolada.

Tal es la poesía popular, que abraza desde las grandes creaciones épicas, hasta la sencilla frase en que el ritmo predomina y las palabras tienen apenas significación; estribillos ininteligibles y monotonos, como los que en una escena de *Hamlet* canta á media voz la pobre Ofelia, ya la razón perdida.

Sin duda que los primitivos moradores del Archipiélago no carecieron de manifestaciones semejantes. Viera cita algunas de los herreños: ...«Endechas lúgubres y patéticas, en las que trataban materias de amores y de infortunios, que áun traducidas á la lengua española, movían á lágrimas á las personas de blando corazón.» Mas las desiguales circunstancias que concurrían en europeos y aborígenes hicieron que no fuesen dichos cantos la ruda pero original base en que asentara después los suyos el pueblo de las Islas. Aquella extraña raza que las habitó primero, nos transmitió muchas de sus costumbres; pero su tradición si existía, era natural que pereciese con ella. En la mezcla de invadidos é invasores, el elemento á que la cultura daba superioridad, no tardó, bajo ciertos aspectos, en borrar completamente el otro. La poesía hubo de morir con la oscura lengua que la informaba.

Y después, recordando cómo se ha constituido la población del Archipiélago; lo reciente de una historia abierta cuando todas las provincias se apresuraban á cerrar las suyas; el instante en que esa humilde historia comenzó, los días que han seguido, las condiciones de una existencia sin pasado, sin carácter y sin vitalidad propia, tal vez no extrañemos que hasta los cantares, la expresión más sencilla y común de la poesía popular, nos hayan venido y nos vengan de la Península.

Como es lógico, los poetas de Canarias suelen reflejar más ó menos á los de aquélla; desde Berto, que escribió á principios de siglo, y parece imitar á Quintana, hasta los que, en los últimos años, descubren la influencia de Zorrilla, el poeta más legítimamente español, de más espontaneidad y fantasía más poderosa que ha hablado nuestra lengua de dos siglos á esta parte; y el modelo de la escuela poética más fútil y más numerosa que áun hoy existe. Sin embargo, no son muchos los poetas insulares en quienes es visible una determinada imitación; cierto eclecticismo, presidido por un gusto del cual no en todas ocasiones se puede decir que

Aquí coge el jazmín, allí la rosa,
Acá la clavellina almaizalada;

Y si entra en huertas, no siempre son huertas deleitosas, como la de que habla Cairasco, es lo más general en los poetas de las Islas. Zorrilla es el que ha dominado, sin conciencia tal vez de los mismos que le han seguido; pero dadas ciertas cualidades, que no suelen faltar en la juventud, y menos allí donde la naturaleza y el clima y la raza las fortifican, la escuela se impone, como ha sucedido entre nosotros y en América.

Con lo dicho, inútil es exponer las fases generales que ha ofrecido en Canarias la poesía. Durante el primer tercio del siglo, nuestros poetas, como se supondrá, son marcadamente clásicos; y áun pasada la referida época, sigue prevaleciendo en algunos un clasicismo ya algo anacrónico. Melendez, Cienfuegos, Quintana parecen ejercer más ó menos influjo; á la verdad, las poesías que conocemos, y son pocas, no desdichan á veces de los imitados. Hay cultura, y cierto gusto; se ve que ni los clásicos españoles, ni los latinos, señaladamente Virgilio y Horacio, eran mirados con desatención.

El romanticismo, advenimiento de una libertad que, para los españoles, era un recobro y no una conquista, llegó innovador y tumultuoso. Los franceses, que se han encargado, durante mucho tiempo, de equipar y vestir las ideas que han de viajar por el mundo, lo habían ya transformado: en la poesía y en el arte, fue la revolución.

Llegó á España, y naturalmente, llegó también aquí. En esta segunda fase, y desde entonces hasta ahora, muchos ha habido que, con innegables dotes, se han dedicado en Canarias á la poesía. No es de necesidad referirnos más particularmente á nombres que todos conocemos, y cuya detenida enumeración se evita

en este lugar. Reasumiendo, puede advertirse que contamos con verdaderos poetas. No escasean las condiciones naturales: hay ingenio, hay sentimiento, hay fantasía. Aun los desbarros, contadas veces tienen las proporciones que nadie extraña en los poetas de provincias, innumerables é ignorados cultivadores del arte, en quienes si hay en ocasiones verdadero genio, en otras, las más, sólo hay indubitable inocencia. En el libro que citamos al comenzar estas líneas, muchos rasgos, y composiciones enteras, dejan fuera de duda que si el esmero del cultivo se hace de cuando en cuando echar de menos, no puede decirse que hay pobreza ó esterilidad: una vegetación en que hay mucho inútil, pero que revela cuánto había que esperar de la inteligencia y el cuidado, tal es en Canarias la poesía.

En cuanto á los simples aficionados á hacer versos, y hasta á publicarlos, que es ya menos inofensivo, ¿dónde no los hay? Esta afición pertenece á la categoría de las debilidades humanas, aunque muchos, procediendo con notorio arrebató, se adelantan á colocarla entre las epidemias sin remedio conocido. Mirándolo bien, ¿quién está libre de pecado? ¿Quién no ha hecho unas seguidillas á su novia, ó no ha interrumpido desabridamente con unos endecasílabos, con un epicedio, como diría D. Hermógenes, el reposo de algún muerto infeliz? Pero las cosas varían si á la reincidencia se agregan otras circunstancias.

Sabida es la deplorable traducción que suelen dar muchos á aquello de *Poeta nascitur*. A los diez y ocho años, y más allá también, no es difícil reconocerse á sí mismo como poeta; y reconocido y declarado, ¿qué hacer, sino aceptar con resignación el fatal destino? La misión del poeta, que según opinaron unánimemente los románticos, es de las más desastrosas de que hay noticia, puede rematarse cumplidamente sin necesidad de estudiar cosa alguna; y esto la hace más llevadera y soportable. Al genio le basta con su pluma, y con las nociones del arte métrica, suministradas por cualquier libro de poesías; de la naturaleza, del corazón, etc., le sobra con lo que todos sabemos.

La lira es, pues, un instrumento que no exige mucho para tocarse, y que hasta dispensa á los que lo manejan de la gramática y de la ortografía; punto de contacto que suele tener con la guitarra. Si nadie razona de este modo, la verdad es que no deja de parecerlo alguna que otra vez.

La facilidad anima; y es tan fácil hacer versos... malos! En esta cla-

En 1980 cumple diez años

EL INSTITUTUM

se general de versos, pueden, no obstante, existir géneros muy distintos, entre el género simplemente *ennuyeux*, señalado por Boileau; y el tonto, por ejemplo, reconocido con gran precisión en nuestra época, hay diferencias notables, que un preceptista concienzudo tal vez se detenga un día a enumerar. El género cultivado entre nosotros, cuando nos dedicamos á lo malo, no puede clasificarse rigurosamente; sin embargo, es posible determinar alguno que otro carácter suyo.

Cuando tropecemos con una poesía de éstas, no busquemos jamas, entre aquellos vocablos poéticos y sonoros, aunque vulgares, un pensamiento, una idea, algo, en fin, oculto bajo el follaje. Es inútil: allí no hay más que una ininteligible palabrería: alboradas, auras y brisas, ruiseñores: la meteorología y la zoología poéticas, distribuidas de cualquier modo, y unidas con otra docena de palabras indispensables, que hacen el oficio de argamasa en la construcción. Esto admitiendo que los versos, como versos, sean regulares; y lo son alguna vez, pues en Canarias no faltan los buenos versificadores, y nuestros poetas se distinguen generalmente por esa cualidad.

Nada diremos del sentimentalismo, algo trasnochado, que se descubre en ocasiones. Cántese la desilusión y el hastío, enhorabuena: pero no olvidemos que el tema es ya viejo, y que conviene hacerlo ménos falso. Ese llorar continuo, toda esa desolación, es de muy mal gusto; son reminiscencias románticas, memoria de un estilo que concluyó con Romero Larrañaga, y no huellas de la lectura de Schopenhauer ó de Leopardi.

Pueden hacerse versos sin tener diplomas que lo autoricen, ni títulos universitarios; pero ¿no sería conveniente leer los buenos poetas, familiarizarse con los libros? ¿Estaría de más aprender á observar á pensar á escribir? Aquí, donde la poesía es un simple entretenimiento, y no puede ser otra cosa; aquí donde un poeta jamas vivirá de sus versos, esto es quizás exigir demasiado. Pero, sea lo que quiera, tengamos presente que la ignorancia no es la compañera de la poesía, que ningun gran poeta ha sido verdaderamente ignorante. Si á alguno, en otro tiempo, le faltó la ciencia que se adquiere en los libros, conocia, por observacion propia, la del hombre y de la vida lo suficiente para hacer olvidar la falta.

FRANCISCO M. PINTO

(1) De Cairasco se insertaron algunas cosas, no muy bien escogidas por cierto, en el *Parnaso español*, de Sedano.

El sueño de un arqueólogo o prehistoriador siempre ha sido el realizar un "viaje a través del tiempo" hacia una época lejana en la historia de las civilizaciones, o bien encontrarse en alguna parte del mundo con un pueblo que represente en su evolución cultural a un eslabón muy arcaico.

Por los tiempos en los que Colón se dirigía por mar hacia el oeste con la esperanza de dar con la ruta hacia el Lejano Oriente, descubriendo de esta manera el Nuevo Mundo, existía un refugio insular habitado por hombres de la Edad de Piedra y de tez clara, que vivían aún tal como lo habían hecho los habitantes del Mediterráneo occidental hacia 3.500 años a. C. aproximadamente. Aquel archipiélago, las Islas Canarias, es idéntico a aquellos Elíseos míticos de la antigüedad, a los que sólo podían acceder aquellos mortales que habían alcanzado la inmortalidad por sus hechos heroicos y extraordinarios, librándose así de transitar el oscuro camino de Hades.

Este archipiélago, hoy apreciada meta turística, era en sí un "museo natural de la prehistoria". Los isleños, un pueblo poseedor de una cultura muy arcaica (correspondiente a las épocas

más recientes de la Edad de Piedra), no habían tenido contactos con los centros de las civilizaciones mediterráneas, y fueron finalmente sometidos por los conquistadores españoles después del descubrimiento de América.

Los antepasados de los isleños eran de raza blanca y a menudo de cabellos claros, denominados en su mayoría con el término inexacto de "guanches", ya que éste en realidad sólo hace referencia a los indígenas de la isla de Tenerife. Ellos habían llegado al archipiélago por mar desde el noroeste de África y se habían encontrado aquí con unos medios de subsistencia óptimos, de forma que anhelar un modo de vida más evolucionado que incluyera almacenamientos de bienes, etc., era en su mayor parte superfluo para ellos.

Por todo esto, la vida de los isleños, a diferencia de la de otros lugares, no se hallaba expuesta a diversas influencias y evoluciones, sino que permanecía estabilizada en este "paraíso".

Los elementos heredados no evolucionaron sustancialmente, y aún a finales del siglo XV manufacturaban los canarios sus tabonas, y resistían a los conquistadores con sus banots, en los tiempos en que las carabelas de Enrique el Navegante eran enviadas a explorar las costas occidentales de África. Hoy, sin embargo, se discute acerca de si atribuirles o no las inscripciones en su totalidad a los indígenas, pero esperamos que nuevas investigaciones arrojen luz a estos problemas.

Estos canarios, que aún vivían en la edad de piedra, defendieron valientemente sus Campos Elíseos ante los intentos de conquista, antes de sucumbir bajo los españoles, con sus armas técnicamente muy superiores a las de los isleños. A partir de ahí, la sociedad canaria se formaría de una mezcla étnica, siendo sus habitantes descendientes de los indígenas y de los conquistadores.

Su lengua, perteneciente al mediterráneo antiguo, tiene mucho en común con la de los libios y bereberes. En la actualidad sólo se conocen fragmentos de ella, como son frases y palabras en informes de la época de la conquista, o palabras sueltas, usadas aún hoy día en el español de las Islas Canarias.

Existen elementos que parecen contarnos cómo fue la vida de los anti-

